

# “NUESTRO DIOS EL PATRONO DE CAUSAS PERDIDAS”


Mensaje para el segundo domingo después de Pentecostés

Del pastor Norman Staker

7 de junio de 2026

OSEAS 5:15-6:6 \* ROMANOS 4: 13-25 \* MATEO 9:9-13, 18-26

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA RESUCITADO; VERDADERAMENTE HA RESUCITADO!

ientras Jesús caminaba, vio a un hombre llamado Mateo sentado en el puesto de recaudación de impuestos; y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió.

Mientras Jesús cenaba en la casa, llegaron muchos recaudadores de impuestos y pecadores, y se sentaron con él y sus discípulos. Al ver esto, los fariseos preguntaron a sus discípulos: «¿Por qué come vuestro maestro con recaudadores de impuestos y pecadores?». Pero Jesús, al oírlo, les dijo: «Los que están sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Id y aprended qué significa esto».

¿Cómo te sentirías si hoy, ya que vamos a comer dentro de un rato, Jesús apareciera con un grupo de hombres y mujeres de aspecto muy rudo, digamos algunos Ángeles del Infierno y unos cuantos asesinos y violadores recién salidos de prisión? ¿Intentarías encontrar la puerta de salida más cercana para escapar cuanto antes? Recuerda, Jesús vino al encuentro de la gente donde estaba.

Un recaudador de impuestos llamado Mateo acepta la invitación de Jesús para convertirse en su discípulo. No se habla de dinero, ni de salario, ni de tener el control del tesoro del Templo, solo dos palabras: «Sígueme». Mateo se levantó y siguió a Jesús. Mateo es recaudador de impuestos, o lo fue, y puede ser un recaudador duro, pero si le das lo que pide, no tendrás problemas con su Servicio de Impuestos Internos, ¡su Servicio de Robo Infernal! Así que estás en una cena celebrando su aceptación y Jesús hace una importante declaración sobre la diferencia entre un fariseo y un discípulo.

Mateo incluye una historia sobre su propio llamado a ser discípulo de Jesús y lo que sucedió en una cena que ofreció a Jesús y sus otros discípulos. Cuando algunos fariseos se enteraron de la cena, criticaron a Jesús por juntarse con pecadores y recaudadores de impuestos, es decir, gente de mala reputación. De acuerdo, tal vez no seamos gente de mala reputación, pero todos somos pecadores; ¿cómo nos tratarían los fariseos?

Los tres evangelios sinópticos incluyen una historia sobre el llamado del recaudador de impuestos. Marcos y Lucas lo llaman «Leví»; solo Mateo lo identifica como «Mateo», considerado tradicionalmente el autor de este evangelio.

Jesús se encontró con Mateo mientras este trabajaba en su puesto, recaudando impuestos. Al igual que con los pescadores, Jesús llamó a sus discípulos mientras estaban trabajando, llevando una vida cotidiana. Los impuestos en cuestión serían los aranceles aduaneros sobre las mercancías que transitaban por la gran ruta de Siria a Egipto, o posiblemente en un puesto de peaje cerca del lago sobre las mercancías que lo cruzaban. Los recaudadores de impuestos solían ser de las personas más odiadas, especialmente en Palestina.

En el sistema romano, y en la Palestina ocupada por Roma en aquella época, el cargo de recaudador de impuestos se adjudicaba al mejor postor. El ganador de este derecho contrataba a otros para que realizaran el trabajo de recaudación. Por lo tanto, es posible que Mateo fuera un empleado de nivel medio, en lugar de un hombre rico por derecho propio. Sin embargo, él, al igual que cualquier recaudador de impuestos, podía enriquecerse mediante la extorsión. Era lícito cobrar una cantidad adicional al impuesto requerido para recibir una compensación. Así era como se les pagaba a los recaudadores de impuestos. Cuanto más recaudaban, más odiados eran, y cuanto más odiados eran, más recaudaban. Los recaudadores de impuestos tenían tres desventajas incluso antes de empezar a trabajar.

Jesús le dijo: «Sígueme». No hay mención de una conversación previa ni indicio de que Jesús y Mateo se hubieran conocido antes. El énfasis aquí no está en las condiciones que llevaron a Mateo a aceptar, sino en su aceptación incondicional. Mateo dejó atrás toda una forma de vida para seguir a Jesús. Puede que fuera rico, pero quizás solo estaba en camino de serlo. Sin embargo, lo dejó todo y siguió a Jesús. Los pescadores podían volver a su antiguo oficio, y de hecho lo hacían, pero no los recaudadores de impuestos. Roma no lo habría vuelto a contratar si hubiera

cambiado de opinión e intentado regresar. Este fue un compromiso irrevocable, asumido sin conocer las consecuencias.

Muchos recaudadores de impuestos y pecadores acudieron: Esta nota prepara el terreno para la declaración de Jesús sobre a quién había venido a buscar. Uno no esperaría que la lista de invitados a una fiesta en honor a un maestro religioso estuviera repleta de pecadores y recaudadores de impuestos, pero eso fue precisamente lo que sucedió. Eran marginados sociales.

En el versículo once, «Cuando los fariseos vieron esto», los fariseos no estaban en la cena, pero, como muchas personas respetables y de buena reputación, eran curiosos. Les gustaba observar la vida de los demás, quizás por celos de que la suya fuera tan aburrida debido a su religión. ¿Puede una persona, concretamente un fariseo, estar tan aburrida de ser «perfecta» como para querer pecar? Sin embargo, es muy improbable que entraran en la casa, dado su temor a volverse «impuros» por estar en contacto con lo impuro. Probablemente Mateo nos está contando lo que sucedió después, cuando se enteraron por los chismes.

Los fariseos se consideraban entre los «sanos», y los recaudadores de impuestos y pecadores entre los «enfermos». Jesús les dejó esa responsabilidad, pero lo que quería decir era que había venido a encontrarse con la gente donde estaba y a ayudarlos a llegar a donde debían estar. No vino a desaprobar, condenar, aislar ni avergonzar a quienes necesitaban salvación, ni tampoco vino a ponerse del lado de los engreídos, los arrogantes y los presuntuosos.

¡Oh, la vida de un fariseo! Se esforzaban tanto por congraciarse con Dios, y parecían equivocarse en todo. Tenían reglas y normas. Sabían cuándo ir al templo, cómo comportarse allí. Sabían cómo debían comportarse los demás. Sabían quién era digno de estar allí y quién no. La vida del templo era el centro de sus vidas. Sin duda, esto era un gran sacrificio, pero, «¿quién más lo haría?». Estaba todo esto de lo puro y lo impuro. Conocían el deber; escribieron las leyes; las hicieron cumplir porque, después de todo, Dios debía preocuparse por los detalles del ritual y la ceremonia, buscando castigar a todos los que fallaran. La tarea era ardua, pero estaban a la altura del desafío.

Entonces llega Jesús. Rompe todas las reglas, enturbia el agua entre justos e injustos, incluso entre puros e impuros. Come con pecadores, disfruta de la compañía de los impuros, sana indiscriminadamente. Y ahora se ha invitado a sí mismo a la casa de Mateo, el recaudador de impuestos. No había nadie más bajo en la escala que un judío que se vendiera a los romanos cobrando impuestos a los

de su propia clase. Pero Jesús vino a los de su clase. Jesús dijo: «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores». El mayor obstáculo para los fariseos era que se habían convencido a sí mismos de que eran los justos y eran lo suficientemente miserables como para demostrarlo. Tenían callos en las rodillas, conocían las leyes y las cumplían, tenían las pruebas para demostrarlo. Habían hecho el sacrificio apropiado.

Cuando Lutero ingresó en el monasterio, no se aceptaba a sí mismo ni encontraba paz entre sus compañeros monjes. Allí, Lutero luchaba por mantener los más altos estándares de piedad, moralidad y autodisciplina. Sus memorias relatan que vivía con un temor constante a la justicia de Dios. Para Lutero, la justicia divina se basaba en la justicia humana. Creía que Dios también se esforzaba por mantener esos estándares y castigar a quienes no los cumplían. Lutero se unió a un grupo con altos estándares, pero no quería pertenecer a uno que aceptara a personas como él.

El gran descubrimiento de Lutero surgió de su lucha personal al leer las Escrituras. La justicia de Dios no era su ojo vengativo ni su espada implacable, lista para ejecutar a quien quisiera. La justicia de Dios se encuentra hoy en las palabras de Jesús: «Misericordia quiero, y no sacrificio». Lutero descubrió la justicia de Dios como gracia, misericordia y bondad amorosa. Para Lutero, el don del amor de Dios nos exige unirnos humildemente a una comunidad que nos acepta como miembros.

Esta mañana nos encontramos con una mujer así.

Sabemos de ella porque se acerca a Jesús.

Algo no anda bien. Ella no quiere que las cosas sean así. No quiere que nosotros ni nadie más sepamos de ella. Quiere mantenerlo en secreto.

Y no es de extrañar.

La vida era una vergüenza total para esta mujer afligida. Llevaba doce años sufriendo hemorragias. Dicho de forma educada, su menstruación nunca cesó. ¡Jamás!

Esto sería una dificultad para cualquier mujer hoy en día, pero era mucho peor para una mujer judía en el mundo antiguo. Durante su ciclo menstrual, una mujer era impura; no, impura no significaba sucia, aunque suene así. Impura significaba que no podía practicar su religión; no podía tocar a otra persona; y toda su ropa de

cama y cada silla en la que se sentaba debían ser purificadas ritualmente, y hasta que no lo fueran, nadie podía usarlas.

Imaginemos ahora que esta mujer vive en una casa de una sola habitación con su marido y su familia. La casa tendría aproximadamente el tamaño de la mayoría de nuestros salones. Necesitaba su propia cama; no podía dormir con su marido y tenía que tener su propio sitio para sentarse. Sus hijos tenían prohibido sentarse allí. Tendría que soportar la humillación de regañarlos si se acercaban a su asiento. Escucharía sus tristes protestas: "¿Por qué, mamá?".

Imagínese tener que prepararse para el sangrado cada vez que salía de casa. Con los métodos higiénicos primitivos de la época, probablemente rara vez se aventuraba a salir a la luz del día.

Los evangelios de Marcos y Lucas también narran la historia de esta mujer desafortunada y triste. En ellos, leemos que la mujer había visitado a todos los médicos y especialistas de la región. No solo ninguno pudo ayudarla, sino que además arruinó a su familia en su intento por curarse.

Aquí les presentamos algunos remedios para los problemas menstruales del mundo antiguo, la mayoría de ellos bastante rudimentarios; el más seguro, si es que se le puede llamar así, era un aderezo con una mezcla de cebollas picadas, puré de patatas y serrín de pino; además, debía comer hígado de burro fresco.

Ella acude a Jesús en secreto. No le queda otra opción. Por lo que ha oído, tiene la esperanza de que si entra en contacto con él, será sanada por su poder.

¿Ves su problema? No puede tocar a un hombre en público. Jesús pasa con sus discípulos, así que está rodeado de hombres. Jesús también está rodeado por la multitud, que en su mayoría también eran hombres. «Si tan solo toco su manto, sanaré».

Ella se abrió paso entre la multitud que rodeaba a Jesús y, al llegar, tocó su manto. Jesús se volvió y, al verla, le dijo: «Ten ánimo, hija; tu fe te ha sanado». Sintió que una fuerza lo invadía. Y en ese instante, la mujer quedó sana.

Ella ha roto todas las convenciones, ha violado la ley de Dios en la Biblia, y podría decirse que ha interferido en la vida espiritual de cualquier discípulo al que haya tocado, así como en la de cualquier hombre entre la multitud al que haya tocado.

Ella merecía una severa reprimenda y un regaño de Jesús.

Lo que obtuvo fue salud y bienestar integral. Su sangrado cesó.

Se merecía una buena reprimenda (algunos hombres la habrían golpeado como a un perro), pero lo que escuchó fue: "Ánimo, hija; tu fe te ha sanado".

Los médicos no pudieron curarla. Todo el dinero que tenía no pudo curarla. Los sacerdotes no pudieron curarla.

Solo una persona en todo el mundo podía darle a esta mujer aquello que tanto anhelaba: Jesucristo.

No le dio pastillas para tomar. No la puso sobre la fría mesa de exploración de acero inoxidable.

No le hizo una biopsia. No le ordenó una resonancia magnética. Con solo tocarlo, ella se curó.

Jairo acude a Jesús y le ruega que salve a su hija. Marcos y Lucas relatan que la niña estaba a punto de morir. Mateo escribe que la hija de Jairo ya había fallecido. Era una situación desesperada la que impulsó a Jairo a buscar a Jesús. Esta situación lo obligó a dejar de lado su orgullo, como líder de la sinagoga, y acercarse a un hombre cuyo ministerio y enseñanza rechazaba. Jesús ordena al ruidoso grupo que deje a la niña en paz porque «no está muerta, sino dormida». Y se ríen de él. Jesús entró, la tomó de la mano y la niña se levantó. El poder de Jesús, si tan solo confiamos en Él.

La joven hija de Jairo resucitó. Situaciones desesperadas se convirtieron en motivos de celebración porque Jesús intervino y transformó vidas.

Nos enfrentamos a situaciones desesperadas; momentos en los que solo podemos mirar a Jesús, a su amor y a su gracia.

Hay ocasiones en que Dios no responde a nuestras oraciones de inmediato.

En situaciones desesperadas, puede ser útil adoptar una mentalidad de espectador. Un aficionado a los deportes graba todos los partidos, pero en lugar de verlos desde el principio, se fija en el marcador final. Si su equipo gana, rebobina la cinta, se prepara unas palomitas y se sienta a disfrutar del partido. No se preocupa si su

equipo va perdiendo o comete errores, porque sabe que al final saldrán victoriosos. De forma similar, podemos fijarnos en la victoria final de Jesús en la cruz. No necesitamos preocuparnos porque conocemos el final de la historia. Podemos descansar en el amor y la gracia de Jesús.

Dediquemos un tiempo a presentarle a Jesús las situaciones desesperadas y las áreas de nuestra vida que necesitan sanación, y pidámosle su toque sanador.

**Amén**